

## Santidad de la Iglesia.

"La Iglesia, por tanto, es santa en cuanto se refiere a Dios, por medio y en virtud de Cristo, que la concibió y fundó santa, la hizo santa y la va haciendo siempre con el influjo del Espíritu Santo, con los sacramentos y toda la economía de la gracia, la hace santa para la custodia y difusión de su palabra, para la distribución de sus carismas, para el ejercicio de sus poderes, para la capacidad de engendrar y formar almas en comunión con Dios. La Iglesia es santa como institución divina, como maestra de verdades divinas, como instrumento de poderes divinos, como sociedad compuesta de miembros unidos en virtud de principios divinos. «En la medida en que es de Dios, la Iglesia es absolutamente santa» (cfr. S. Agust. contra litteras Petilian; PL. 43,453; Congar, Angelicum, 1965, 3, pág. 279).

"Deberíamos ser capaces de contemplar este rostro esplendoroso de la Iglesia, su visión idealmente santa y perfecta, a Jerusalén celestial anclada en la tierra (Apoc., 21, 2), esta ciudad edificada sobre la montaña» (Mat., 5, 14), esta Santa Iglesia de Dios, Humanidad regenerada para formar el Cuerpo místico de Cristo. Su hermosura nos llena de maravilla y de amor. Sí, de amor porque esta Iglesia es el pensamiento de Dios realizado en la Humanidad, el instrumento y el término de nuestra salvación. Imposible no amar a la Iglesia, si se la contempla en su santidad.

"En este punto hacemos notar una objeción muy acostumbrada: ¿Pero esta Iglesia santa y luminosa es ideal o real? ¿es un sueño, una utopía, o existe verdaderamente? La Iglesia que nosotros conocemos y que somos, ¿no está llena de imperfecciones y deformidades? La Iglesia histórica y terrena, ¿no está compuesta de hombres débiles, falaces y pecadores? Más aún, ¿no es precisamente la contradicción manifiesta entre la santidad, que la Iglesia predica y que debería ser suya, y su condición efectiva, lo que despierta ironía, antipatía y escándalo para la Iglesia? Sí, si los hombres que componen la Iglesia están hechos de la arcilla de Adán y pueden ser, y con frecuencia son, pecadores. La Iglesia es santa en sus estructuras y

"Hay dos temas que creemos os podemos sugerir como más accesibles a vuestra consideración. Son éstos: ¿Cómo ve hoy el mundo a la Iglesia?, y ¿cómo ve la Iglesia hoy al mundo?

"Aquí, la palabra mundo precisa una breve exégesis, por entrañar un significado polivalente. Vosotros, desde luego, la conocéis y sabéis evitar el equívoco que el empleo de esta palabra puede engendrar. El mundo es el cosmos, el universo, la

"maravillosa, misteriosa e inmensa obra de Dios creador; el mundo es toda la Humanidad, toda la familia de Adán, que Dios amó, con su vocación sobrenatural, con su dramática y hereditaria desventura y con su no menos dramática e inefable redención; lo somos nosotros, y mundo es el hombre privado de la luz de Dios y plenamente decidido a negarla, a simularla, a profanarla; concepto negativo original del Evangelio. Un agudo pensador y poeta (Leopardi) lo observa: «Cristo fue el primero que dio claramente al hombre el término mundo, cantor y preceptor de todas las virtudes falsas..., esclavo de los fuertes, tirano de los débiles, enemigo de los desgraciados..., el mundo. Para Cristo, el mundo.» Para Cristo, el mundo así entendido es la antítesis de su reino, el reino de la negación de la falsedad, de la astucia, del egoísmo, del odio; ese mundo que, como dice el Evangelista. «El mundo no lo conoció vino a los suyos y los suyos no lo recibieron» (ha., 10, 11); es la expresión, con frecuencia poderosa y seductora, de la vida humana que está fuera del alcance de la bendición cristiana, aquella por la que Cristo no oró: «No te pido por el mundo» (jud., 17, 9). Indicamos esta pluralidad de significados para evitar posibles confusiones, pero es plenamente evidente que, en este caso, no consideramos directamente este sentido peyorativo de esa palabra tan expresiva, el mundo.

Discurso del Papa al patriciado romano (13 de enero, 1966: texto italiano en *L'Osservatore Romano*, del 14); texto al castellano, *Ecclesia*, número 1.276.

"puede ser pecadora en los miembros en que se realiza; es santa en búsqueda de santidad; es santa y penitente a la vez, es santa en sí misma; pecadora en los hombres que a ella pertenecen. Este hecho de la debilidad moral en tantos hombres de la Iglesia es una terrible y desconcertante realidad; no debemos olvidarlo. Pero no altera la otra realidad existente en el designio de Dios y en parte ya conseguida por los elegidos, la de la magnífica santidad de la Iglesia, y en lugar de producir escándalo y desdén debería producir un amor mayor, ese que tenemos con las personas queridas cuando están enfermas; un amor que se expresa así: para que la Iglesia sea santa nosotros debemos ser santos, es decir, verdaderamente sus hijos dignos, fuertes y fieles".

Alocución del Papa en la audiencia general del 20 de octubre de 1965 (texto italiano en *L'Osservatore Romano*, del 22 y texto al castellano de *Ecclesia*, número 1.274 del 15-1-66).